

VESTIR DE CORTO

Me sorprende gratamente ver como la juventud, o sea las generaciones jóvenes, conservan y resucitan el buen gusto en vestir la ropa corta, que es como siempre se le ha llamado a la ropa que se ha usado en Andalucía para montar a caballo o simplemente ir al campo. Este comentario lo hago para ellos y para ellas.

Observo un acrisolado gusto por lo campero, por lo tradicional. Sin caer en la cursilería. Obviamente, de todo hay en la viña del señor. Pero en general, la media es buena; de notable para arriba.

La ropa corta que hoy usamos, que celebro en mis comentarios, es un poco retro. Es de los felices años veinte. Anteriormente, la ropa fue más elaborada, más romántica. Con chaquetillas bordadas y alamares. Calzón a la rodilla y media blanca. Polaina (o también llamado botín) repujada, abierta por la pantorrilla y borceguíes de piel de anca de potro o de cabritilla negra. La transición de este atuendo al que hoy vemos en romerías y ferias, procede como decía, de los veinte del siglo pasado. Hubo una pléyade de románticos que rompieron moldes capitaneados por figuras señeras de la tauromaquia que implantaron sus gustos. Me estoy refiriendo como es natural a Fernando Villalón, Joselito, Juan Belmonte, el Duque de Pinohermoso, el Marques de Domecq, sus hermanos y otros de Jerez, los Lagartijos y Antonio Cañero en Córdoba, los Miura, los Ramos Paúl, los Murube, en Sevilla etc. La nomina seria larga. Aquella fue una época de esplendor en el campo andaluz (incluyo a Salamanca y a Extremadura, con sus variantes charras) De grandes jornadas camperas, de tentaderos, de acosos para herrar y capar bueyes. De fantásticas cacerías de liebres.

Por eso cuando veo las fotografías de la Feria de Sevilla, observo que el aroma de aquellos tiempos aun perdura. Que la juventud apuesta y gusta de aquellas modas. Ellas cuando montan a la amazo es un espectáculo de belleza y buen gusto. He visto una fotografía de la hija de mi buen amigo Pepe Campos Peña, impecablemente vestida de amazona, bellísima, sobre un caballo negro azabache angloárabe, del hierro de su casa, con el mismo hierro en la manta estribera, que es una elegía al buen gusto. Si no recuerdo mal, la chaquetilla más bonita que he visto fue en una fotografía de una joven de la familia Ramos Paúl. Bordada en flores de colores. Esa chaquetilla ha hecho escuela. Y la falda pantalón, el catite o calañes, la camisa rizada con botonadura de oro rematada con rubíes o esmeraldas. El pelo recogido en un moño bajo, que resalta las facciones del rostro. Dos perlas blancas en los lóbulos. Blancos como el marfil los dientes y los labios color carmesí. Todo un tratado de belleza y distinción de mujer andaluza. En la mano derecha, una fina varita de membrillo silvestre.

Respecto a las cabalgaduras también se pueden hacer comentarios positivos. Los caballos y yeguas van muy bien presentados. Con sus colas amarradas, rematadas con un caracolillo que es un piropo al buen gusto. Si se me acepta, una critica: no me gustan las cocas, las trencitas del cuello. Eso no es vaqueroso. La crin entresacada a cuatro seis dedos. Eso es como ha sido siempre. Lo otro es de concurso hípico. Los arreos también merecen en general elogios. Las monturas son en general buenas y limpias. Hoy día, se hacen muy buenas y dignas en fábricas, sin dejar de reconocer que las hechas por encargo a los guarnicioneros, se destacan de las otras en general. Las cabezadas también son de buen gusto, aunque en los mosqueros, también hay modas: los de los años veinte eran cortitos y los de ahora casi llegan a la muserola. No gustan las cabezadas con ahogaderos.

En aquellos años, todas lo tenían; fueron los talabarteros jerezanos quienes las suprimieron e impusieron la moda de hacerlas mas estrechas con las riendas también mas finas.

VESTIR DE CORTO

Por todo lo comentado arriba, me complace enormemente ver que se instalado definitivamente el buen gusto. Que Fernando Villalón, Antonio Cañero y Álvaro Domecq viven reencarnados en los que se pasean por la feria y van al Rocío. En los que hacen los tentaderos, en los que corren liebres.

Cuando recordaba a los aficionados viejos, no mencionaba, porque eran posteriores a Álvaro Domecq Diez y a Manuel Rodríguez, Manolete. Dos auténticas figuras del arte y del buen gusto. Álvaro se “tiraba” el sombrero a la cabeza y siempre caía bien, como tiene que estar. Jamás descomponía la figura. Verlo subir a caballo era sublime. Lo hacía en dos tiempos y una vez en la montura, no rectificaba. Manuel Rodríguez, con su hierática figura, su afilado rostro de nariz aguileña, luciendo un sombrero cordobés de copa alta, muy oscuro su atuendo, cicatriz del rostro incluida, era la autentica representación del pintor Julio Romero de Torres, el mas fino pincel que pintó la pena, el duelo y la tragedia de la mujer andaluza de los veinte. Con su misticismo y su bien modelado cuerpo moreno.